

tutean con los jóvenes que pretenden pasar por distinguidos. En [nuestro país] no hay mayor respeto ni consideración por la aristocracia, por la gente de alcurnia. Yo me vanaglorio de un apellido ilustrísimo, que pertenece al patriciado. Desdeño con cierta especie de lástima a los que han salido del polvo de las calles, a los hijos de los sirvientes de mis abuelos, a los guarangos intelectuales cuyos progenitores se remontan al Hotel de Emigrantes, o a los antiguos gremios de zapateros. Nótese que no quiero ser charrúa y por eso no me codeo con los que están a mil metros bajo la tierra que piso. Entre los uruguayos no hay el mayor desnivel. No existe el orgullo de la sangre. Son muchos ganados confundidos en una sola tropa. Los apellidos, a cual más estrambótico y original, pueden dar fe de que este país es una fanfarria de rústicos exaltados, //23// una truculenta mesocracia de gente adiposa que recuerda los tugurios ultramarinos. Por mi parte, reconozco en la democracia conventillera de los nuevos charrúas al comunismo indígena de que nos habla Figueira. Entre los viejos charrúas las diferencias de actividad tenían por base la astucia y el valor, y entre los nuevos charrúas, el dinero y el título, dos zancos milagrosos para crecer de repente.

Si hay alguien que cree que los uruguayos se distinguen en cuestiones de trato social y de urbanidad, se equivoca, de la manera que se ha de haber equivocado Figueira cuando asegura que entre los viejos charrúas no existían ni respeto ni urbanidad... El señor Figueira induce de presente a pasado; habrá visto que los nuevos charrúas no son muy etiqueteros y ha calumniado bajamente a los patriarcas de la tribu. Hay que perdonarle sus exageraciones. Es demasiado partidario //24// de la teoría de la herencia. Yo no creo en semejante atavismo... Tiene que admirar la semejanza de rasgos entre unos y otros. ¡Verdad que son hermanos! Según Figueira los viejos charrúas, como los nuevos, «arreglaban las cuestiones personales dándose de bofetones (por las calles no, que no las había) rompiéndose los dientes o ensangrentándose las narices»¹³. Es admirable que individuos de una misma raza no hayan adelantado nada en trescientos años...

Los viejos charrúas casi tenían el mismo talento de los nuevos, por lo que respecta a cuestiones de arte. Dice Figueira que no existían en sus costumbres juegos, bailes, ni cantares, ni instrumentos musicales. Carecían de todo género de adorno. Sus sentimientos estéticos recién empezaban a manifestarse... Los viejos charrúas, como los nuevos charrúas, tenían una diversión refinadísima, pero que desgraciadamente para ellos, no se efectuaba sino durante los días calurosos del verano; asómbrese el lector: se bañaban. Fuerza es reconocer que los uruguayos se bañan, aunque más no sea que como diversión... durante los tres meses de verano y, si no me

¹³ Figueira 22.

equivoco, la mañana del mismo día en que se casan... Como se ve, los nuevos charrúas son tan divertidos como los viejos... gracias a que la tierra se mueve.

//25// Si alguno duda de que los uruguayos son charrúas blanqueados de civilización fíjese en que unos y otros poseen idénticos caracteres emocionales, las mismas inclinaciones, igual temperamento. Dice Figueira hablando de los viejos charrúas: «Nunca permanecían célibes. Se casaban tan luego como sentían las necesidades sexuales»¹⁴. Con nuestros modernos charrúas sucede exactamente lo mismo. La blanca teoría de las novias penetra con pudoroso recato en los harenes católicos de Montevideo. Un plenilunio beatífico de azúcar cándido alumbra con timidez las noches salvajes en que la intemperante virilidad del hombre eyacula poderosamente. El matrimonio constituye un instinto. Para los uruguayos casarse como quiera, con quien quiera y en cualquier condición, es un ideal //26// purísimo. Sé de un casado que tiene novia para el caso de que se le muera la mujer con quien se unió lleno de brío en segundas nupcias. Tiene una sangre intrépida; es valiente; le rinden acatamiento veintiséis hijos.

Sigue diciendo Figueira de los viejos charrúas o de las viejas charrúas: la mujer jamás se rehusaba a unirse con el hombre que la pidiera, aun cuando éste fuera viejo y feo. La galantería me lleva a decir que las uruguayas*** son la antítesis de las viejas charrúas. A los hombres decrepitos y feos no hay uruguaya que los quiera mal. Entiéndase que si se casan con ellos es de lástima, por un sacrificio de virtud cristiana, jamás por el dinero ni por ninguna otra cosa...

Continúa Figueira: «Desde el momento en que el hombre tomaba mujer constituía una especie de familia propia y podía ir a la guerra y asistir a las asambleas»¹⁵. Nótese que los viejos charrúas adquirían cierta majestad episcopal desde que se casaban. //27// ¿Puede darse algo más parecido a lo que ocurre entre los uruguayos? El hombre, desde que se casa adquiere cierta gravedad curial, consejo, cierta flema de misterio, cierta suficiencia de filósofo, de moralista, de juez, cierta austeridad de largas barbas y de ceño amenazante, cierta fama jamona de vientre anciano, de buey babilónico, de celoso pancreático, de almizcle santurrón. Un casado son dos hombres en vez de uno. Himeneo fecunda mágicamente la hombría, la hace doble; haciéndola pasar por una arista espejante, la estira, la almidona y la [...] Entre los uruguayos, el que se casa adquiere un nuevo sentido: el del juicio...

Es divinamente cómico que entre los nuevos charrúas ocurra exactamente igual que entre los viejos... Es algo que petrifica. Sacramentada la sexualidad, legalizado el lúbrico deseo, bendita la juerga reproductora, el tifón del erotismo sale sahumado de incienso, la aglutinación genitiva es una ceremonia sagrada, el fálico trasiego es una casta caricia que mana hidromiel fecunda, néctar lillial.

¹⁴ Figueira 20.

*** Advierto que hago una generosa excepción con nuestras distinguidas mujeres al no calificarlas de nuevas charrúas... Creo firmemente que son de otra raza distinta a la de los hombres. Sólo se las podría llamar charrúas por ser hijas de charrúas o casadas con charrúas.

¹⁵ Figueira 20.

//28// Mientras permanecen solteros, los nuevos charrúas se consideran unos niños, sin juicio, sin reflexión, de una gracia venusina; verdaderos [...] perfumados. Son gente de zapateta, gachones mimosos, pero de ninguna manera hombres acabados. Apenas si llegan a ser pródromos masculinos, régulos de los salones, que no pueden sostener en sus cabezas el yelmo de la responsabilidad. Es preciso casarse. El matrimonio es una orden severa. El título de casado da ciencia, virtud y respectabilidad. A Julio Herrera y Obes su celibato mentiroso, testarudo, mujeriego y despilfarrador casi le cuesta la Presidencia, la más hermosa de sus queridas, su mejor conquista...¹⁶

Dice Figueira de los viejos charrúas: Su carácter era taciturno. Hablaban siempre en voz baja. «El conjunto de todos los rasgos daba a su fisonomía un aspecto serio y a menudo feroz»¹⁷. Esto explica que los uruguayos, o sea los nuevos charrúas, sean graves, siendo tan superficiales. Los uruguayos no sienten, no comprenden la ironía. Es gente triste, que se aburre. Les falta el sentido de la risa. Son unos salvajes taciturnos. No han heredado [lo] humorístico del carácter español. La risa en literatura o en lo que sea parece cosa nimia. Los uruguayos son serios //29// como los cuernos de Moisés, una pitonisa puesta en el trípode. Lo que más se alaba en el hombre es la carencia de movilidad en la fisonomía. El ceño metafísico y los lentes doctorales constituyen una recomendación de talento y de honradez. Una mujer que ría demasiado es ligera, sospechosa, maligna, nadie la compra en la feria matrimonial. Ahora doy en la causa de porqué las señoras ni en la vejez tienen arrugas [y] los corbados de la boca: si nunca ríen... Es preferible llorar, mecerse los cabellos, hacer penitencia, castigar el cuerpo. Reina entre las mujeres el odio cristiano contra la carne. Se odia con entusiasmo al tercer enemigo del alma. Dice Figueira, hablando de las viejas charrúas, que la mujer venía a ser esclava de su marido. Ella confeccionaba los utensilios, preparaba las pieles, armaba el toldo y cargaba con él cuando era necesario, etc. Exactamente igual a lo que pasa en nuestro país con las infelices mujeres que se casan. Cuando hablé del instinto matrimonial de los neo-charrúas y de los harenes católicos de Montevideo olvidé hacer constar que la mujer uruguaya, una vez que se ha casado se convierte en esclava de su marido. Ella cría a sus hijos, se encarga de los quehaceres domésticos, colabora en las tareas de sus sirvientes, lava, plancha, friega, sacude; remienda o limpia la ropa de su hombre, cuando no le hace las camisas; y se pone al corriente del arte culinario para hacerse agradable al paladar del sultán... digo del *patrón*. Hasta con el paladar gustan los maridos a sus mujeres...

//30// Esa esclavitud charrúa de las mujeres tiene su aspecto interesante por el lado de la fecundidad... Es un cenobilismo pitagórico lleno de miste-

¹⁶ Julio Herrera y Obes (1841-1912), tío del autor, ministro, presidente, figura estelar y paradigmática del ambiente social, político e intelectual fin de siècle.

¹⁷ Figueira 18.

rio. Al cabo de algún tiempo, la mujer delgada y ágil pasea rozagante con el paso afrisonado: no es la mujer de novelas, la mujer romántica. Es una mujer aritmética que multiplicada por un hombre ha dado un resultado de veinte pedazos de carne blanca y ligera...

Los viejos charrúas eran sumamente [...] y disimulados. Dice Figueira: «nunca manifestaba su semblante las pasiones del ánimo. Hablaban en voz baja y poco expresiva»¹⁸. Otros autores agregan que eran fingidos y mentirosos, como no lo fueron otros indígenas del continente. Ni más ni menos que los uruguayos.

Uno de los defectos más dignos de admiración de este pueblo es la soberbia, la relevante, la maravillosa, la hermética hipocresía que le distingue. Es una hipocresía cándida, encantadora, coqueta, inocente, que se hace perdonar y que recuerda aquella hermosa frase de Saint-Victor sobre Margarita de Fausto: «su ignorancia le imprime la marca fatídica de la fatalidad y seguirá siendo virgen después de su caída...»¹⁹. Así como la gracia //31// nació francesa, la hipocresía tiene el honor de ser genuinamente uruguaya... Por lo demás, esta hipocresía tiene algo de francesa: es una hipocresía que tiene gracia... En realidad yo no creo que sea hipocresía la de los uruguayos, pues difiere de la hipocresía en que la sobrepasa... Lo que hay es que los hombres, ya lo he dicho, son tan variables como los [...] y los charrúas. Sus sentimientos giran a cada instante. Hoy se muestran buenos y mañana malos, lo que no quita que ayer, al mostrarse buenos en realidad no hayan sido buenos o peores... que lo mismo da... Si los uruguayos son hombres, de lo cual no hay duda, Bossuet los defiende con estas bellas palabras: «El corazón humano es tan engañoso para sí mismo como para los demás...». Está visto: los uruguayos engañan no porque sean uruguayos sino porque son hombres... Este es el pueblo de la falacia, de la mistificación, del dolor, de la capciosidad, de la fraudulencia y de la doblez... ¡Me enoja! En esta tierra se vive de mentira y de apariencia. Miente el Río de la Plata diciendo que es un océano, miente el cerro de Montevideo diciendo que es una montaña, mienten los nuevos charrúas diciendo que son civilizados... Todo miente en este país...

¹⁸ Figueira 19.

¹⁹ Se refiere, probablemente, al Victor Hugo de Paul Saint-Victor, que alcanzara notable divulgación en la época. La referencia, no obstante, parece de segunda mano.

Julio Herrera y Reissig